

ESTUDIO PANORÁMICO DE LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA*

La Confederación Perú-Boliviana constituye no sólo en el campo de la historia política interna de la República sino también en el de su historia internacional y diplomática, un acontecimiento que posee para el estudioso evidente fascinación. Y es que el enjuiciamiento integral de los hechos y hombres que lo determinan reviste especial interés para tipificar una de las etapas que caracterizan esa tendencia incipiente del Perú en formación, hacia una expansión territorial y un predominio político que iban más allá de sus posibilidades.

El fenómeno es curioso porque ciertamente en el Perú no se había afirmado aún el sentimiento de nacionalidad. El coloniaje había reunido bajo una sola corona a casi todos los países de América, de tal manera que éstos, como entidades de un mismo Estado, no diferenciaban profundamente las nacionalidades que insurgieron en el primer cuarto del siglo XIX. Entre nosotros se daba el caso de tener autoridades civiles y militares y aún jefes de Estado extranjeros; pero obedeciendo a los impulsos de sentimientos patrióticos que todavía no estaban bien definidos, tan sólo esporádica y eventualmente se efectuaba alguna campaña política de tinte nacionalista destinada a impugnar a aquellas autoridades en razón de su origen, debiendo reconocerse que las más de

* Artículo publicado en la edición N° 8 (1943) de la *Revista Peruana de Derecho Internacional*.

las veces estas actitudes estaban determinadas por intereses particulares provenientes de las ambiciones u odiosidades de algún caudillo presidenciable o de algún politiquero despechado.

Posiblemente ese confusionismo de nacionalidades favoreció el proyecto de confederación, porque de un lado Charcas, como circunscripción territorial de la colonia, estuvo largamente sometida al Virreinato de Lima y se pensaba con buen criterio que producida la emancipación debía seguir la suerte del Perú, en la misma forma en que lo accesorio sigue la suerte de lo principal. Y de otro lado entre los peruanos y los bolivianos existían afinidades manifiestas, que hacían aconsejable la fusión de ambos países dentro de un sistema político que garantizara una relativa autonomía de sus principales circunscripciones.

La realización del proyecto encontró en el Perú, durante algún tiempo, acogida favorable; pero debemos observar que si tal era la acogida, ella era debida a que se sostenía que la unión de Bolivia al Perú habría de hacerse no en un plano horizontal de yuxtaposición, sino en forma de predominio de un Estado sobre el otro, vale decir, del Perú sobre Bolivia. Solo así llegó un apreciable sector peruano a admitir la fusión y cuando se convenció de que estas perspectivas se tornaban desfavorables, no vaciló en aceptar hasta la intervención extranjera para derrumbar la obra realizada.

Es precisamente la aceptación que en una época tuvo la Confederación por parte del Perú, lo que nos demuestra esa tendencia un tanto amorfa de proyectar la influencia nacional al extranjero, en forma de predominio político o de dominación moral. Esto viene a ser tanto más sugestivo e interesante cuanto que por entonces hacía apenas poco más de dos lustros que el Perú había nacido a la vida independiente y se hallaban en las primeras etapas del camino de su desenvolvimiento. Las preocupaciones de los estadistas podían haberse concretado a la organización interna de la República, que bastante falta hacía, dejando de lado por el momento planes internacionales de tan vastas proyecciones. Pero los rezagos de la importancia colonial, las ambiciones políticas, el caudillaje, el militarismo y algunos otros factores disolventes colocaban las preocupaciones domésticas en el último plano.

El peruano, sobre todo el criollo, estaba hecho para las circunstancias. Politiquero, ocioso, revoltoso, anárquico, ambicioso —pero de una ambición fácil— no se inclinaba por los problemas relativos a la organización del país, al desarrollo de su potencialidad y a la consecución de la tranquilidad interna; ni le interesaba mayormente la prosperidad de la Nación. Vivía regocijándose con los acontecimientos del día y se nutría de la literatura pasquinesca de periódicos eventuales. Los alzamientos y cuartelazos constituían su atractivo máximo, junto con los romances de tapadas misteriosas, la bulliciosa chismografía de los suntuosos salones y la multiforme dulcería criolla de los tradicionales acontecimientos religiosos y cívicos de la ciudad. Así se vivía en el Perú durante gran parte del siglo XIX. Y arrastrado por el vértigo de estas agitaciones, el peruano llegaba, como en el caso de la Confederación, a pretender ejercer, más allá de sus fronteras una influencia hegemónica y hasta la dominación política.

Los estadistas, caudillos llenos de ambición y de audacia, ascendían al poder por la constitución o contra la constitución, e imprimían de inmediato a su Gobierno el sello característico de su propia personalidad.

Las simpatías y las antipatías, las rivalidades y los odios conducían al país. No eran las consideraciones de alta política ni las bien entendidas conveniencias nacionales las que justificaban una u otra actitud, o la adopción de tal o cual medida. Santa Cruz y Gamarra en Bolivia y el Perú —más el segundo que el primero— manejaban las riendas del Gobierno de acuerdo con sus particulares sentimientos. La actitud puramente patriótica no era frecuente y en todo caso no era el patriotismo elemento primordial en la política, sino ciertas pasiones ingobernables que fatalmente enfrentaban a los caudillos. De todo ello, evidentemente, quedó para los dos países un saldo inglorioso cuyas consecuencias se hicieron efectivas poco después. Aquel desconcierto y aquella despreocupación por los problemas internos que constantemente se planteaban y que no se resolvían —o que se resolvían en forma empírica y pasajera— fueron preparando desde esta época el desastre que para el Perú y Bolivia representó algunas décadas después la guerra del Pacífico.

Conviene advertir que en este estudio nos limitaremos a recoger y condensar las observaciones que nos sugieren las obras consultadas, dentro del propósito de describir a grandes lineamientos el período de la Confederación. Pues resulta evidente que un estudio profundo de la materia —como ciertas obras ya realizadas nos lo demuestran— no podría ser efectuado dentro de las limitaciones de espacio y tiempo que se deducen en razón de la finalidad que el trabajo persigue.

* * *

Sostiene Jorge Basadre que para la intervención del Presidente de Bolivia don Andrés de Santa Cruz en los asuntos del Perú, con el objeto de formar la Confederación Perú-boliviana, pudieron alegarse tres clases de razones: razones permanentes, razones personales y razones inmediatas.

Las primeras estaban determinadas por la comunidad múltiple y antiquísima que existía entre el Perú y Bolivia. Desde la época precolombina los quechuas y los aimaras constituían un núcleo racial con características afines. Durante la colonia, la Audiencia de Charcas fue creada solamente porque la capital del Virreinato, Lima, se hallaba muy distante, es decir, pues, por razones puramente geográficas. Cuando la Corona intentó segregarla para transferirla al Virreinato de Buenos Aires, el Virrey Guirior se opuso alegando que el Alto y Bajo Perú constituían una unidad indivisible. Y la insistencia de la Metrópoli que dio al fin realización a este proyecto fue una de las causas de la decadencia del Virreinato de Lima en el siglo XVIII. Las sublevaciones libertarias de origen interno que ocurrieron en el Perú repercutieron directa y prontamente en el Alto Perú, como una demostración de la gran vinculación que existía entre ambas circunscripciones.

Luego, en el período de la iniciación de la República, tenemos el intento de federación realizado por Ortiz de Zavallos según instrucciones de Pando, que se concretó en el Tratado de 1826; las pretensiones bolivianas sobre Arica a cambio de minúsculas compensaciones en Apolobamba y Copacabana; los planes anexionistas de Gamarra; la

revuelta peruanista de Loayza en La Paz, y otros factores más que demuestran aquellas razones permanentes que determinaron, según el modo de ver de Basadre, la intervención de Bolivia en los asuntos del Perú.

No eran ajenas a estos intentos ciertas consideraciones relativas al equilibrio político sudamericano. De un lado Argentina y Brasil se hallaban en camino de adquirir apreciable poderío; Chile aspiraba ya a ejercer ascendiente sobre sus vecinos, con miras a conquistar la supremacía continental; y por último, existía la amenaza del restablecimiento de la Gran Colombia. Dentro de estas circunstancias, Bolivia y el Perú tenían razones justificadas para contemplar la conveniencia de unirse adoptando determinada configuración política.

Las razones personales se refieren especialmente a Santa Cruz. Este no era después de todo un extranjero en el Perú, en cuyo ejército tenía el grado de Gran Mariscal. Fue Presidente provisional en 1826 y en 1827. Poseía singulares dotes de estadista, y hombres de gran relieve político en el Perú, como Luna Pizarro, consideraban conveniente e inevitable la presidencia de Santa Cruz y la unión con Bolivia. Este era también el pensamiento de la gran mayoría congresista de 1834.

Y en cuanto a las razones inmediatas, cabe mencionar la anarquía que estando en pleno desarrollo en el Perú, podía contaminar a Bolivia con su secuela de desastres y de graves amenazas en el interior y desde el extranjero.

* * *

En 1829 asumió Santa Cruz la presidencia de Bolivia, para la que había sido designado por el congreso. Antes de abandonar el Perú solicitó permiso del Gobierno para ejercer ese alto puesto sin perder su ciudadanía peruana, permiso que le fue concedido con cargo de ratificación legislativa.

En ese mismo año, el Congreso peruano eligió Presidente al General Gamarra, encontrándose de esa manera, en una misma época, al frente

del Perú y Bolivia, dos hombres que hasta entonces concordaban en sus ideas respecto a la unión de ambos países.

A poco de iniciado su mandato, Santa Cruz se dio maña para intervenir en los asuntos internos del Perú. Instigó una sublevación ocurrida en el Sur contra Gamarra, cuyo propósito era traer al Perú, como Presidente, al propio Santa Cruz. Fracasada esa intentona con la intervención de Ramón Castilla, el presidente boliviano avanzó con sus tropas hacia el Desaguadero en agresiva actitud, a la vez que ofrecía su mediación entre el Gobierno del Perú y los comprometidos en la sublevación. En respuesta, el Gobierno peruano envió a La Paz la misión Álvarez que debía gestionar una declaración oficial en el sentido de que Bolivia se abstendría de intervenir en los asuntos internos peruanos, y procuraría también, negociar la concertación de pactos de amistad y comercio. Pero fue tan desatinada la forma como Álvarez realizó su cometido que Bolivia replicó con argumentos contundentes derivados de la invasión verificada un año antes por Gamarra para deponer a Sucre con el pretexto del peligro colombiano; y luego de varios altercados diplomáticos, la misión fracasó.

Los ejércitos del Perú y Bolivia hallábanse frente a frente en la región fronteriza. La misión Álvarez había fracasado y las negociaciones de los plenipotenciarios Ferreyros y Olañeta no llegaron a ningún resultado efectivo. Gamarra, consecuente con su espíritu imperialista estaba dispuesto a marchar sobre Bolivia y dar así comienzo a la guerra. Pero el Congreso peruano no lo secundó en su actitud y dispuso la realización de negociaciones de paz. De otro lado, Bolivia había solicitado la mediación de Chile y este país, temeroso y opuesto siempre a la idea de la confederación, se apresuró a prestar su consentimiento. En agosto de 1831 se firmó una paz preliminar conocida con el nombre de “Paz de Tiquina”, en virtud de la cual los dos ejércitos se retirarían de la frontera y disminuirían sus efectivos en una proporción que dejara para el Perú un número doble de soldados con relación a Bolivia. Meses después se concertó en Arequipa la paz definitiva, estableciéndose una reducción aún mayor de los efectivos de tropa y disponiéndose que ninguno de los

dos países intervendría en los asuntos internos del otro. Además, se convenía en que respetarían sus respectivos límites hasta que se llevara a cabo la delimitación definitiva.

¿Cuál fue en realidad la causa que puso al Perú y a Bolivia en estas circunstancias, al borde de la guerra? La rivalidad entre los jefes de ambos Estados. Santa Cruz que pretendía la confederación bajo su autoridad y Gamarra que llevado de propósitos imperialistas proyectaba realizarla, más como una anexión a favor del Perú que como una unión de pueblos y además, naturalmente, con él como figura central y directriz. Al negociarse los arreglos con la intervención de Chile se solicitó al Perú que señalara sus puntos de diferencia y planteara las bases para un arreglo. El Plenipotenciario Pedemonte contestó que era a Bolivia —que había pedido dicha mediación— a la que correspondía aquella iniciativa. Por su parte el Gobierno chileno, transmitiendo la palabra de Bolivia, decía lo mismo y agregaba que el Gobierno boliviano nada pretendía del peruano. Situación absurda y pueril la que se había producido. Dos países llevados a la guerra por motivos fútiles, por ambiciones de caudillos y en vista de objetivos mal definidos, peor planeados y totalmente inconsultos.

El Gobierno de Gamarra se hallaba en 1833 próximo a terminar y en todo el país existía una gran agitación y un desconcierto anárquico. En Ayacucho estalló una revuelta siendo asesinadas las autoridades políticas. Gamarra y su Ministro de Guerra el General Bermúdez marcharon a debelarla y lo consiguieron en Pultunchara. Pero al mismo tiempo, Salaverry que estaba confinado en el Oriente se sublevó en Chachapoyas sin éxito, aunque logrando después evadirse y volver a promover agitaciones contrarias al Gobierno.

Las elecciones realizadas no definieron la victoria en favor de Orbegoso ni del candidato gobiernista Bermúdez. Llamada la Convención a dirimir la contienda electoral, proclamó Presidente a Orbegoso. Gamarra en tanto quedó en Lima a pesar de ciertas gestiones que se hicieron en el sentido de encomendarle el mando del ejército del Sur, para controlar los movimientos de Santa Cruz que denotaba bien a las claras sus intenciones de actuar contra el Perú. Aprovechando la coyuntura proveniente de los

rumores de que Orbegoso negociaba secretamente con Santa Cruz la intervención de Bolivia a fin de garantizar la paz interna del Perú, amenazada de quebranto, Bermúdez y Gamarra se sublevaron, dando lugar a que Orbegoso se instalara en la fortaleza del Callao para organizar una efectiva defensa.

Debido al poco arraigo popular del movimiento iniciado por Bermúdez y Gamarra y a las simpatías más o menos generales de que por entonces gozaba Orbegoso, los facciosos hubieron de retirarse de la capital para organizarse en la sierra. La guerra civil se había desencadenado y tenía tres frentes: en Arequipa, donde San Román tuvo éxito sobre Nieto; en el Norte, donde Salaverry derrotó a Vidal, y en el centro, donde después de ser derrotado el propio Orbegoso por Bermúdez y Gamarra en Huaylacucho, se produjo el histórico abrazo de Maquinhuyo que proporcionó la paz definitiva, sometiéndose los sublevados al Gobierno legítimo. Gamarra huyó a Bolivia.

Para apreciar las tendencias federativas que efectivamente existían entre el Perú y Bolivia, conviene recordar que durante esta guerra civil fue solicitada desde el Perú, en dos oportunidades, la intervención de Bolivia. Primero por la Convención Nacional que actuaba bajo la inspiración de Luna Pizarro, personaje convencido de la conveniencia de verificar la confederación, la cual estimó insuficientes los preparativos que el Gobierno estaba haciendo con el objeto de combatir la revolución y acordó impetrar la ayuda de Santa Cruz y sus tropas. Y segundo, el General orbegosista Nieto, que en su misión de debelar la revuelta encabezada en el sur por San Román, se consideró imposibilitado de combatirla por sí solo con éxito. La intervención no llegó sin embargo a producirse porque la guerra terminó intempestivamente y no dio tiempo suficiente para la marcha de los ejércitos de Santa Cruz. En cuanto a la petición de Nieto, contestó el Presidente boliviano que ella debía formularla el propio Orbegoso en su calidad de Jefe del Estado.

Es notoria la contradicción que existe en la política del Perú respecto de la intervención boliviana. Hemos visto que pocos años antes se habían celebrado pactos que prescribían terminantemente la no

injerencia de un Estado en los asuntos internos del otro, y ello reconocía su origen en la actitud de Santa Cruz de inmiscuirse en las cuestiones políticas del Perú, para una vez dentro del país, realizar sus ideales de confederación en provecho propio y posiblemente de Bolivia, lo que encontró en el Perú un franco repudio. Pues bien, años más tarde se solicitaba por dos conductos aquella intervención, con el propósito de reducir a los facciosos, es decir, precisamente, por motivos de política interna. El sentimiento de nacionalidad no estaba definido y el concepto de soberanía era un principio vago que no constituía aún el imperativo de la absoluta independencia.

Derrotado Gamarra no se pensó más en llamar a Santa Cruz. La República estaba en paz y Orbegoso era recibido en triunfo después del abrazo de Maquinhuyo. No duró mucho esta era de tranquilidad. La Fuente tradujo el gran descontento que existía por la falta de cumplimiento de las obligaciones económicas del Estado para con sus servidores, sublevándose en el Callao. Pero vencido por la audacia de Salaverry, hubo de ser expatriado.

Orbegoso hizo a Salaverry Coronel y luego General. Este joven militar era valiente hasta la temeridad y gracias a golpes de fortuna había conquistado su posición, no obstante sus escasos años. La ambición germinó en él y pronto comenzó a conspirar contra el Gobierno. En el sur actuaban los agentes de Santa Cruz y desde Bolivia tejía Gamarra los hilos de su conspiración. Orbegoso decidió marchar con sus tropas para sofocar los intentos cada vez más pronunciados de revolución.

Al derrotar Salaverry a La Fuente en los castillos del Callao quedó jefe de la plaza y, aprovechando la ausencia de Orbegoso, se proclamó Jefe del Estado. Sucesivamente fue conquistando la adhesión de las distintas provincias y hasta logró que las tropas que el Presidente depuesto enviara desde el sur para combatirlo, al mando de Valle Riestra, se plegaran al movimiento. Después de derrotar a Nieto en el Norte, que se le había sublevado, consolidó Salaverry su poder dejando a Orbegoso dueño de Arequipa.

Comenzaba el año 1835. El Perú parecía por entonces inclinado por la Confederación. Cuando Orbegoso marchó al sur para controlar las actividades de Santa Cruz y de sus agentes, pudo constatar a su paso por Ayacucho, Cuzco y Puno que la tendencia predominante en toda esta región era la de federación con Bolivia. Así lo escribió el propio Santa Cruz, agregando que había comprendido ese deseo, que estaba resuelto a hacerlo conocer así al Congreso próximo a instalarse, y que mientras tanto sólo perseguía la pacificación completa de la República.

La Convención y el mismo Gamarra habían expresado su opinión en el sentido de que la Confederación se hacía necesaria. Este caudillo, refugiado a la sazón en Bolivia, celebró con Santa Cruz la famosa entrevista de Chuquisaca en la que ambos convinieron en constituir una República de tres Estados, denominada República del Perú, compuesta de uno en el Norte, otro en el Centro y otro en el Sur, los cuales tendrían como bandera la peruana. Evidentemente, la actitud de Gamarra era de completa claudicación, puesto que su posición anterior y muy reiterada por cierto, había sido abiertamente contraria a la confederación y en general, a cualquiera intervención extranjera en el Perú. Hay que pensar, por tanto, que no había otro móvil en la actitud de Gamarra que una inconfesable ambición, capaz de sacrificar ideales y principios en aras de proyectos personales que ponían de lado el sentimiento puro de la nacionalidad.

Por otra parte es evidente que tal como había sido planteada en Chuquisaca la Confederación no sólo parecía cubrir el prestigio del Perú sino que impondría su preponderancia, ya que el gran Estado se denominaría República del Perú y su pabellón sería el peruano. Es extraño por ello que Santa Cruz hubiera aceptado tales condiciones; pero a tal determinación no son sin duda ajenos los antecedentes de este Jefe como Presidente del Perú y Mariscal de su Ejército, su criterio realista sobre la mayor importancia del Perú respecto de Bolivia y por último la circunstancia de que en una u otra forma el jefe absoluto del nuevo Estado sería él.

Orbegoso en Arequipa se hallaba aislado e inerme. Gestionó desesperadamente un pacto con Santa Cruz y éste, no obstante el acuerdo

de Chuquisaca, convino con el Presidente peruano en proporcionarle un ejército para pacificar el país y proteger la formación de una Asamblea en el Sur y otra en el Norte que decidirían la nueva forma de Gobierno. Muy pronto volvió Santa Cruz las espaldas a Gamarra, ante cuya fantasmal figura Orbegoso había temblado y se había apresurado a pedir ayuda boliviana.

Jorge Basadre explica muy claramente las razones que determinaron esta deslealtad de Santa Cruz: la proposición no la había formulado antes Orbegoso; su condición era la del representante legal de la autoridad y finalmente era un hombre dúctil, influenciable y manejable, lo que no ocurría con Gamarra.

Este ingresó al Perú animado de gran odiosidad contra Santa Cruz a causa de su pacto con Orbegoso. Encontró que la región del sur estaba muy descontenta por las exacciones de los agentes de Orbegoso y por la organización de la división Larenas ordenada por Salaverry. Estas tropas defeccionaron de sus jefes y se le unieron. Entonces decidió unirse a Salaverry para luchar contra el binomio Santa Cruz-Orbegoso, con lo que adoptaba una actitud nacionalista frente a los propugnadores de la Confederación que representaban en el fondo una política entreguista. Las condiciones de la unión eran desde luego favorables a Salaverry a quien reconocía como Presidente de la Nación y en quien depositaba el mando de las tropas que le habían sido fieles.

El primer y único encuentro entre las tropas cuyo mando se dio a Gamarra y las de Santa Cruz, fue la batalla de Yanacocha en la que el jefe peruano fue derrotado. Santa Cruz conquistó el Cuzco y fusiló a La Torre. Gamarra logró fugar y se dirigió a Lima para encargarse interinamente de la presidencia del Consejo. No pudo, sin embargo, lograrlo, ya sea porque no quiso o porque se lo impidieron. El hecho es que fue tomado prisionero y deportado a Costa Rica.

Para justificar su invasión –no obstante que ésta estaba ya decidida desde tiempo atrás– Santa Cruz impuso en el pacto firmado con los plenipotenciarios de Orbegoso la inserción de cláusulas referentes a la

necesidad de normalizar la situación política interna del Perú, mediante las fuerzas armadas bolivianas que él mismo comandaría, si así lo juzgaba conveniente. Se disponía además que el Gobierno peruano convocaría una Asamblea de los departamentos del sur con el fin de fijar las bases de su nueva organización y decidir de su suerte futura. Pacificado el norte se reuniría allí otra Asamblea. Todo bajo la garantía de Bolivia.

Al ocupar el Cuzco, Santa Cruz había recibido facultades gubernativas amplias de Orbegoso. En esa virtud expidió un decreto manifestando que la potencia mediadora se adhería a la convocatoria de la Asamblea que habría de decidir sobre la proyectada confederación, cuyo estatuto sería elaborado, llegado el caso, por una Convención federal. El Congreso boliviano aprobó oportunamente todos los actos realizados por Santa Cruz en territorio peruano.

Salaverry que como hemos dicho obtuvo la alianza de Gamarra, representó la actitud ultranacionalista al declarar la “guerra a muerte al ejército boliviano”. Sus propósitos eran sinceros, sobre todo si se les compara con los de Gamarra quien sólo perseguía la realización de sus propios y personales proyectos. Pero en todo esto no podemos dejar de observar una política atolondrada, miope, ilusa y, aunque entusiasta, carente en realidad de base ponderada y razonable. En la batalla de Socabaya, cerca de Paucarpata, Santa Cruz derrotó completamente a Salaverry y fusilándolo luego, puso término a la vida interesante y romántica de este joven tristemente afortunado, desordenado, impetuoso e inexperto gobernante.

Santa Cruz quedó, inmediatamente después de Socabaya, dueño absoluto del Perú. No faltó entonces quien le aconsejara que realizara sus proyectos al margen de la confederación, limitándose, con un criterio más realista, a abandonar el norte del Perú y anexar el sur a Bolivia hasta el río Pampas.

Los departamentos del sur del Perú, cuyos representantes se reunieron en Sicuani, quedaron independizados formando el Estado Sud-Peruano, o sea que la Confederación era ya una realidad. En el norte se

notó cierta resistencia, porque aquella región no estaba influenciada por los mismos factores que determinaban en el sur una inclinación hacia Bolivia. Por fin se reunió la Asamblea de Huaura bajo la vigilancia de las armas bolivianas. La creación del Estado Nor-Peruano quedó sancionada incorporándolo como miembro de la Confederación, bajo la autoridad de Santa Cruz. En 1836 fue convocado el Congreso de Tacna entre representantes de los tres Estados para echar las bases de la Confederación.

Es preciso reconocer que la administración santacrucina fue, para la época y circunstancias imperantes en el Perú, sobresaliente. Chile había asentado en perjuicio del Perú su preponderancia en el Pacífico, y esto era debido al absoluto descuido que existía entre nosotros respecto del manejo de la cosa pública. Santa Cruz reorganizó todos los servicios de la administración y logró en el lapso que duró su gobierno rehabilitar en parte el prestigio nacional y restablecer la quebrantada hacienda.

La Confederación marchaba. El pacto aprobado en Tacna, concreta el pensamiento político de Santa Cruz y hace resaltar sus dotes de organizador, pues está indudablemente penetrado de su influencia. Pero mientras tanto, la opinión pública en Bolivia y en el Perú se tornó francamente adversa a la Confederación. En Bolivia, los mismos representantes que suscribieron en Tacna el pacto que la creó la repudiaron y el pueblo manifestó su desaprobación en múltiples y elocuentes formas. En el Perú se consideró que el pacto consagraba la pérdida de la independencia nacional y principalmente que el poder omnímodo de Santa Cruz era intolerable.

Pero si ésta era la repercusión que el nuevo estatuto político para el Perú y Bolivia tenía en el pueblo de ambos países, en el exterior, en Chile, la repercusión era más fuerte y de proyecciones mayores y más graves. Desde el primer momento, la Confederación encontró la enemistad resuelta del gobierno de su país. Don Diego Portales, Canciller chileno, había perseguido siempre y con éxito el afianzamiento de la hegemonía de Chile en el Pacífico. La Confederación resultaba una amenaza para esa política, y dado su enorme poderío en recursos materiales, población,

etc., Chile dejaría de ser un rival apreciable para ella y vería así mermado su prestigio y eliminada su preponderancia.

La intervención chilena reconoce además causas de carácter comercial. Entre Valparaíso y el Callao existía una efectiva rivalidad comercial. Era el primero, por razón de su ubicación, el primer puerto importante del Pacífico, donde las naves que llegaban a estas costas tenían que hacer escala. Por consiguiente Valparaíso era un puerto de depósito que ocupaba una situación superior al Callao. Gamarra, deseando eliminar esta desventaja, expidió un reglamento de comercio en cuya virtud, toda mercadería extranjera que no llegase directamente al Perú abonaría un recargo del 8%. Esta medida importaba un rudo golpe al comercio de tránsito que daba tanta prosperidad e importancia a Valparaíso. Además, existía ya una guerra de tarifas en la que Chile elevaba los derechos del azúcar peruano y el Perú aceptaba la introducción de harina siempre que viniera en barriles y no en sacos, lo que significaba un tratamiento discriminatorio en favor de Estados Unidos y contrario a Chile que sólo podía exportarla en estos envases.

Esta situación áspera y tirante fue suavizada por Orbegoso, mediante la misión Távara. El tratado Távara-Rengifo puso fin a las medidas de retorsión que ambos países venían aplicándose, aun cuando en realidad las condiciones naturales del intercambio hacían inevitable que Chile fuera de todos modos el mejor mercado para el azúcar peruano y Valparaíso el necesario puerto de depósito para las mercaderías que llegaban al Pacífico a través del estrecho. La ratificación de este pacto se hizo no por el Gobierno de Orbegoso sino por el de Salaverry, pues éste a la sazón había ya suplantado a aquel. Chile que veía en Salaverry la encarnación del nacionalismo anticonfederacionista, se apresuró a reconocerlo y ordenó el canje de las ratificaciones por su representante Lavalle.

Se dio en esta ocasión un caso curioso de duplicidad de representación diplomática según leemos en el tratado del doctor Arturo García. Orbegoso nombró desde Arequipa, como su plenipotenciario en Chile, a Riva-Agüero; y Salaverry, desde Lima, a Felipe Pardo y Aliaga.

La embarazosa situación que esta duplicidad creaba a Chile se acentuaba con la circunstancia de que no podía rechazar a ninguno de los dos. Al representante de Salaverry por cuanto acababa de reconocer a ese Gobierno y al de Orbegoso porque con el suyo había mantenido buenas relaciones y hasta había negociado y celebrado tratados. Fundándose en razones de neutralidad, recibió a ambos plenipotenciarios.

Producido el desastre de Socabaya y ya Orbegoso en Lima, declaró derogado el tratado en razón de que no había sido ratificado por autoridad legítima, y en atención a que no podía seguir vigente un pacto suscrito por lo que ya no era sino una parte de la nueva República confederada. Santa Cruz, como Protector y Jefe Supremo, dictó disposiciones de comercio que contribuyeron a irritar aún más a la opinión chilena. Además, por esta misma época, se hallaban en Lima algunos emigrados políticos chilenos, quienes impunemente atacaban en los periódicos al Gobierno de su país.

Diego Portales representa la actitud firme, resuelta, violenta y expansionista de Chile. Sus propósitos de lograr la hegemonía chilena tanto en el terreno comercial como en el político eran evidentes. La guerra contra una confederación que entrañaba tan serio y efectivo peligro contra dichos propósitos, resultaba así un acontecimiento inevitable existieran o no rozamientos y entredichos diplomáticos o comerciales. Se necesitaba un pretexto para poner fuego al polvorín y él se encontró en la expedición de Freyre. Se encontraba éste en Lima, como deportado político y gestionaba del Gobierno peruano ayuda económica para hacer la revolución en Chile. Orbegoso, como Jefe del Estado Nor-Peruano, inició una política de economías y dispuso la venta en remate de algunos buques de la escuadra. Medida ésta absurda e imprevisora que ponía al Perú inerte y desarmado en manos de sus enemigos. Santa Cruz simpatizaba con los planes de Freyre, de tal manera que se pudo al fin despachar a los buques “Orbegoso” y “Monteagudo” con una expedición al mando del general chileno para iniciar la revuelta en ese país.

La expedición fracasó y los revolucionarios cayeron en manos del Gobierno de Portales. El Gobierno chileno, mientras tanto, se había

adelantado a los acontecimientos organizando otra expedición marítima que debía llegar al Callao y apresar la escuadra peruana como represalia por la ayuda a Freyre y como una garantía para el futuro. La expedición consiguió capturar a los principales buques surtos en nuestro puerto y los llevó como presas a Valparaíso. Esta actitud chilena no está despojada desde luego de una cierta dosis de felonía y de rapiña. Podemos afirmarlo así, ahora que la perspectiva de la historia nos permite juzgar con serena imparcialidad hechos consumados y que de ninguna manera pueden proyectarse a situaciones presentes o futuras. Sostienen sus historiadores que encuentra justificación en la ayuda prestada por el Gobierno peruano a la expedición de Freyre, lo que había creado ya, de hecho, una situación de guerra. Pero realmente, como afirma el doctor García, determinadas circunstancias sirven para refutar aquellas afirmaciones, pues en primer término no está probado que Santa Cruz hubiera efectivamente apoyado la expedición chilena, ya que la entrega de los buques a Freyre fue hecha por terceras personas que los obtuvieron en pública subasta; y en segundo lugar, el jefe de la escuadra chilena que se presentó en el Callao, entró al puerto como amigo y como tal se condujo hasta el momento en que, deslealmente, se apoderó de nuestros buques.

A esta severa provocación chilena siguieron otras actitudes análogas; pero Santa Cruz, sagazmente, prefirió evitar la guerra en tanto no estuviera perfectamente consolidada la Confederación que, en el norte, mostraba aún síntomas de debilidad. Además, una situación bélica resultaba fácil coyuntura para aquellos enemigos que querían disolver el pacto federal.

Chile por su parte veía con agrado las dificultades de Santa Cruz y comprendía claramente la inestable situación de su Gobierno y de su novísimo Estado. Daba asilo y prestaba apoyo a los peruanos expatriados y cuidaba de atacar a la Confederación bajo el lema no de guerra internacional sino de guerra de independencia del Perú contra sus opresores: Bolivia y Santa Cruz. Hábil política, como fue siempre la de nuestro vecino del sur, en contraposición a la nuestra que en ingratas oportunidades pecó de inconsecuente, variable y desorientada.

El incidente de la captura de la escuadra no llegó sin embargo a producir la guerra. Entre el jefe naval chileno y un plenipotenciario peruano se suscribió un pacto que no contenía por cierto cláusulas muy honrosas para el Perú y sí muy ventajosas para Chile. A pesar de ello, Chile no lo ratificó. Lejos de ello, Portales pidió al Congreso autorización para declarar la guerra. Santa Cruz hizo cuanto pudo por evitarla: envió comisionados, gestionó mediaciones y arbitrajes, propuso arreglos directos. Nada de ello sirvió. Chile llevó a efecto el último acto de su empresa enviando una misión encargada de gestionar la destrucción de la Confederación y del protectorado. Fallando en sus propósitos, realizó el bloqueo del Callao y encerró en Guayaquil a los demás barcos peruanos. La ley chilena autoritativa de la guerra expresa en sus considerandos los motivos que la justifican y dice que Santa Cruz es detentador injusto del poder en el Perú; que amenaza la seguridad de otras repúblicas; que ha vejado a los representantes chilenos y que ha apoyado movimientos contrarios al Gobierno legítimo. Se ve, pues, el propósito de eliminar todo vestigio de guerra internacional dándole más bien el carácter de una cruzada de redención, libertaria y noble, justa y abnegada; cuando en realidad no reconocía otra causa ni otro motivo que la necesidad de defender a toda costa la preponderancia chilena, su hegemonía y su influencia, amenazadas por la creación de un Estado vasto y poderoso en la zona del Pacífico, que era precisamente la esfera donde actuaba la política internacional de Chile.

Chile preparó entonces la expedición contra el Perú. Colaboraban en esos preparativos –y ello sirve para demostrar el carácter de cruzada de independencia que se daba a la campaña– jefes peruanos emigrados como La Fuente y Castilla. Por otra parte, la inexistencia de una conciencia de nacionalidad y de soberanía justifica, dentro de una apreciación serena y meditada, la obra de aquellos jefes.

Dos acontecimientos hicieron pensar a Santa Cruz que había una posibilidad de evitar la guerra: la sublevación en Quillota de parte del ejército expedicionario que no encontraba suficientemente justificada la expedición; y el asesinato de Diego Portales. El Protector comisionó a

Olañeta para gestionar la paz. Chile sin embargo no respondió a dichas gestiones sino con el envío de sus fuerzas al mando de Blanco Encalada, las cuales ocuparon Arequipa y convocándose bajo su protección un cabildo abierto, fue elegido Jefe Supremo provisorio La Fuente. No encontró Encalada el apoyo que creía en los pueblos del sur, para secundar sus propósitos, ya que en realidad era el norte el que se hallaba verdaderamente dispuesto a hacerlo. Un tanto desconcertado por ello y sin ánimo suficiente, permaneció estancado y dio tiempo a Santa Cruz para preparar un ejército que superior en efectivos y armas se dispuso a hacerle frente. En estas condiciones prefirió el jefe chileno hacer la paz. Esta paz se conoce con nombre de “paz de Paucarpata”, y en virtud de ella Chile debía devolver los buques peruanos, retirar su ejército y reconocer y aceptar la Confederación.

Claro estaba que siendo como era una completa victoria peruana, sin combate, Chile no ratificaría el tratado y antes bien dispuso, como en efecto ocurrió, que continuara la guerra. Esta vez el desembarco fue proyectado en la favorable zona del Estado Nor-Peruano y se acordó dar mayor participación a jefes peruanos emigrados. Gamarra había llegado, a la sazón, a Chile, y fue encargado de la organización de las fuerzas expedicionarias nacionales como entidad independiente pero complementaria del ejército chileno.

En la Confederación, mientras tanto, las cosas no marchaban bien. El pacto de Tacna, como se ha dicho, encontró severas resistencias y la opinión general tanto del Perú como de Bolivia tradujo claramente su descontento por esta organización política.

La expedición chilena zarpó al mando de Bulnes en circunstancias en que Orbegoso enemigo ya de la Confederación, proclamó la independencia del Estado Nor-Peruano, creyendo que con ello evitaría la intervención chilena que por lo demás no estaba dispuesto a aceptar. Las fuerzas de Bulnes desembarcaron en Ancón en vista de la oposición de Orbegoso para que lo hicieran en el Callao y después de romperse las hostilidades entre el ejército peruano y el de Chile, sufrió el primero en las puertas de Lima, en Guía, una severa derrota.

Gamarra fue proclamado Presidente provisorio. Organizó un ejército en el Norte y Santa Cruz que marchaba contra él, contra el llamado ejército restaurador, lo persiguió hasta Yungay, donde se dio el 20 de enero de 1839 una batalla que tuvo completo éxito para las fuerzas de Gamarra.

Esto precipitó el fin de la Confederación. Santa Cruz se fue retirando y en todas partes encontraba ambiente contrario, hasta que por último hubo de abandonar el Perú, dirigiéndose al Ecuador.

La opinión pública general, tanto en el Perú como en Bolivia, se hallaba entonces conforme con el estado de cosas y el giro de los acontecimientos. Gamarra se enseñoreaba en el Perú, y Chile afianzaba su preponderancia en armonía con los permanentes dictados de su política exterior.

La administración de Santa Cruz, conforme ya lo hemos manifestado, era sobresaliente. Pero factores de diverso orden fueron socavando el régimen hasta que, tambaleante, hubo de ceder posiciones ante el avance de otros caudillos apoyados por las armas extranjeras. No bastaba ni satisfacía entonces a los inquietos ciudadanos del Perú la circunstancia reconfortante y saludable de una administración ordenada y de una hacienda sana; era preciso, atendiendo a razones de orden político, eliminar al autócrata gobernante que pretendía desmembrar el territorio nacional con la creación de sus tres estados.

Dice Basadre que por momentos parecía que una coalición sudamericana se había formado contra la Confederación. En efecto, Argentina le declaró la guerra por la cuestión de Tarija y después de acusar a Bolivia de prestar ayuda a los emigrados políticos. Chile agitó la opinión ecuatoriana, alentado por las ambiciones del caudillo Flores; pero otro caudillo, Rocafuerte, simpatizó por fortuna con el sistema de gobierno adoptado por el Alto y Bajo Perú. Y por último, como hemos visto, Chile participó activa y decididamente contra la Confederación.

El astuto Santa Cruz cometió un error en Arequipa, a pesar de que el tratado de Paucarpata lograba por la vía de los arreglos pacíficos una

satisfacción y una reivindicación amplias para el Perú. Y dicho error no fue otro que el de desperdiciar la ocasión de destruir al ejército chileno de Blanco Encalada cuando lo tenía rodeado y estrechado en un cerco de bayonetas. Entonces la paz hubiera sido efectiva y algo más duradera, y no habría dado lugar a la inmediata reanudación de las hostilidades, con resultados desgraciados para el Perú que sufrió las consecuencias de una paz impuesta al vencido. Al encontrarse en Paucarpata ambos jefes, Santa Cruz le abrió los brazos a Blanco Encalada y pasaron luego a conferenciar privadamente sobre las bases del arreglo.

Como era fácil de deducir, el Gobierno y la opinión chilenos desaprobaron a los pocos días del regreso de Blanco el referido tratado. Se preparó la expedición de Bulnes y se dio a Gamarra mando efectivo de tropas. Llegaron luego las tropas al Callao y ante la resistencia de Orbegoso, tuvo lugar el combate de Guía, que permitió tomar la capital e instalar en ella, como Presidente provisorio, a Gamarra.

Santa Cruz se había retirado y los desfavorables sucesos ocurridos le hicieron meditar sobre la situación. Años antes, cuando recién comenzaba a realizar sus proyectos de Confederación, voces ambiciosas de estadistas bolivianos le habían aconsejado abordar un programa más moderado y de menos proporciones que la federación de todo el Perú con Bolivia, esto es, la anexión de una parte del sur peruano a aquel país o la independencia absoluta de dicha región del sur. Pero Santa Cruz había desoído entonces tales proposiciones guiado por su fantasía y sus sueños de grandes realizaciones. Ahora, llamado bruscamente a la realidad, proyectó llevar a efecto esos planes y pensó en la convocatoria de asambleas para que se pronunciaran de conformidad con tales deseos. Pero antes era preciso acabar con los invasores.

El ejército restaurador encontró muy mal ambiente en el Perú, sobre todo en Lima. Optó por retirarse y lo hizo en dirección a Huaraz donde se reorganizó convenientemente. Santa Cruz entró a Lima. La retirada de Bulnes fue obra de Gamarra. Maniobra estratégica bien concebida por un conocedor experto de la región. Santa Cruz inició seguidamente la

persecución. Vinieron entonces los combates de Buin y de Yungay, de resultados desfavorables para este jefe.

Apunta Basadre que no es descabellado suponer que, sin la formidable enemistad de Chile, Santa Cruz hubiera podido sostener sus vastos planes políticos y salir triunfante a la postre. Nos parece que es acertada esta opinión porque aquel país y, en menor escala el Río de la Plata, pusieron en la balanza el peso de sus efectivos militares, su superioridad marítima, su buena organización administrativa, y la eficiencia de sus soldados y jefes (caso de Chile). Y además, estos enemigos internacionales estimularon activamente a los enemigos nacionales que conspiraban dentro de los mismos Estados.

Entre las causas endógenas del fracaso de la Confederación, débese mencionar, además de la acción “quinta-columnista” (para usar un término muy en boga actualmente) el factor geográfico que determinaba necesariamente, en el Estado Nor-Peruano, un alejamiento efectivo de los hermanos del Sur. También el factor racial era importante y nunca pudieron los vanidosos costeños compartir una misma nacionalidad, en igualdad de planos con los “cholos o serranos”. Bolivia era la expresión republicana de una antigua Audiencia, es decir, de una circunscripción colonial jerárquicamente inferior al Virreinato de Lima. No era admisible, en consecuencia, que pretendiera proyectarse hacia el Perú con igualdad de derechos y hasta con tendencias preponderantes.

Añade Basadre que la situación personal de Santa Cruz tiene semejanzas con la curiosa historia del folklore católico del alma atribulada de Garibay. Considerado peruanófilo en Bolivia y bolivianófilo en el Perú, trataba de reaccionar contra esas corrientes. Su programa máximo era gobernar al Perú fuerte y grande, es decir, a la Confederación. Su programa mínimo gobernar a Bolivia, pero teniendo a su lado la bifurcación del Perú en dos Estados para ejercer su influencia y consecuentemente la de Bolivia, sobre el del sur.

Después de la caída de Santa Cruz, se produjo en el Perú lo que la historia denomina la “restauración” y que, más propiamente, sería la

“consolidación”, pues en 1839 se declaró que en lo sucesivo el Perú sería el Perú y sólo el Perú. El Congreso de Huancayo, reunido ese año, promulgó la Constitución de su nombre y produjo el afianzamiento de la nacionalidad.

Gamarra había sido proclamado Presidente provisorio, y poco después, el Congreso de Huancayo lo eligió Presidente Constitucional por el período correspondiente. Su primer problema fue, en el orden internacional, el retiro del ejército chileno. Sin embargo, considerando aún poco estable su Gobierno a causa de la agitación del desterrado Santa Cruz en el Ecuador y de los movimientos de sus parciales en Perú y Bolivia, procuró que dicho ejército permaneciera algún tiempo más en Lima. Al mismo tiempo, la diplomacia británica que obedecía la orden de gestionar por todos los medios el fin de la guerra contra la Confederación, planteó la necesidad de proceder al inmediato retiro de esas fuerzas y lo consiguió al fin, no sin tener que vencer antes ciertas dificultades.

El Presidente peruano, desde la derrota de Santa Cruz, proyectó avasallar a Bolivia. En el Ecuador, ya lo hemos dicho, el ex Protector conspiraba con la ayuda de sus numerosos adictos bolivianos y constituía una amenaza cada día mayor para la paz del Perú. Así lo comprendió Gamarra. Por ello, cuando se produjo en Bolivia la revolución que derrocó al Presidente Velasco, pidió al Consejo de Estado facultades extraordinarias y éste resolvió declarar la patria en peligro; autorizar a Gamarra a hacer la guerra a Santa Cruz; aumentar las fuerzas armadas, levantar empréstitos y hacer alianzas.

Gamarra marchó a la frontera en la dirección de su ejército, a pesar de que el Gobierno boliviano, presidido a la sazón por el vicepresidente Calvo, se afanaba en darle amplias seguridades de que no se trataba de crear nuevamente la Confederación. En vista de esta situación, el ejército boliviano buscó y eligió a Ballivián como Jefe Supremo a fin de disipar las nubes de guerra que ya eran inminentes y pensándose que ese Caudillo no inspiraría recelos al Perú.

No bastó esto a Gamarra; mejor dicho, sus planes anexionistas no admitían excusas ni satisfacciones. Cruzó la frontera alegando que Ballivián se hallaba rodeado de los partidarios de Santa Cruz. Se entablaron negociaciones entre plenipotenciarios de uno y otro país, pero Gamarra exigía la ocupación del Departamento de La Paz a lo que, naturalmente, no accedía Bolivia. Estas negociaciones con que quería Gamarra cumplir sus planes, pues deseaba efectuar sus conquistas sin disparar un solo tiro, permitieron a Ballivián organizar sus fuerzas y tener, para el momento oportuno, un ejército regularmente equipado, suficientemente preparado desde el punto de vista moral, y capaz de hacer frente con éxito a las tropas peruanas. Además, se produjo en Bolivia invadida y ultrajada un fenómeno muy explicable de unión nacional que fortaleció la resistencia, llegando Velasco, el ex Presidente depuesto, a unirse a Ballivián y organizar el ejército.

Vino por fin la acción de armas decisiva: la batalla de Ingavi. Derrota del ejército peruano y muerte de su General en Jefe y Presidente de la República, don Agustín Gamarra, en el mismo campo de batalla. La victoria de Ingavi aseguró la independencia de Bolivia la aseguró definitivamente, ya que puede considerarse que fue la última batalla por su independencia. A raíz de tal suceso las tropas bolivianas envalentonadas, invadieron el Perú en las zonas de Puno, Tacna, Moquegua, Arica y Tarapacá, encontrando una seria resistencia de guerrillas.

En estas circunstancias se produjo la mediación de Chile. Dos fueron los puntos de vista expuestos por el Perú como proposiciones de paz: que Santa Cruz no regresase a gobernar Bolivia y que las tropas de este país abandonaran el territorio nacional. Sus propuestas no fueron aceptadas y hay que admitir que en su condición de país no vencedor era una actitud un tanto cínica plantear semejantes fórmulas de arreglo con carácter de condición.

Modificadas en el sentido de no aceptar únicamente cesión territorial alguna, se llegó en Puno a la celebración de un tratado que obligaba a Bolivia a abandonar el territorio ocupado y que establecía que

ambos países olvidarían los motivos de la guerra. Además, se estipulaba que no habría indemnizaciones de guerra. Evidente, este tratado era un triunfo diplomático de proporciones para el Perú. Conviene recordar el hecho insólito que se dio en la mediación chilena, de las instrucciones impartidas por el Gobierno de este país a su plenipotenciario Lavalle, en el sentido de aceptar la cesión de Arica por el Perú a Bolivia a cambio de una suma de dinero, a fin de tomar ese dinero en pago de las deudas pendientes entre el Perú y Chile. Esta actitud poco enaltecedora armoniza sin embargo con la política chilena del siglo XIX para con el Perú. Afortunadamente, diversas circunstancias, además del juego hábil de la diplomacia peruana, impidieron que se llegara a la solución propugnada por Chile, y antes bien se consiguió el favorable arreglo de que se da cuenta líneas arriba. Se había dado, pues, el caso de un país que iniciaba una agresión y era derrotado, obteniendo a la postre, en el tratado de paz, ventajas que correspondían más bien al vencedor. De estas extrañas y paradójales situaciones está plagada la historia americana del siglo XIX.

El historiador boliviano José M. Aponte, sostiene en su obra “La batalla de Ingavi” que la Confederación Perú-boliviana no fue obra de la voluntad de los pueblos, sino el fruto de la anarquía en que se encontraba el Perú, de la ambición y de las imposiciones del General Santa Cruz. Es exacto este juicio. También puede estar en lo cierto cuando dice que el Perú ambicionaba con Gamarra anexarse parte de Bolivia y que la viabilidad del proyecto reposaba en el hecho de que, no estando bien definidas las nacionalidades, vagaba siempre en ambos países el recuerdo del antiguo y famoso Virreinato del Perú. Gamarra, al invadir Bolivia el año 28, creía pisar territorio propio, tarde o temprano; y Santa Cruz al pedir autorización al Congreso boliviano para intervenir en los asuntos del Perú (año 1835) suponía llegada la hora de reconstituir el Virreinato en forma de Confederación. Pero la opinión pública, en Bolivia como en el Perú, repudió recelosa al Supremo Protector, después de la Asamblea de Tacna y dio la señal para el comienzo del derrumbe. Irritado por el espíritu vitalicista del pacto de Confederación, el Congreso Boliviano hizo ver la poca simpatía que le inspiraba y hasta se dio el caso de que, en

su seno, los propios plenipotenciarios que lo negociaron fueron sus principales y más ardientes detractores.

Hemos visto, pues, en el curso de este estudio, que la Confederación Perú-boliviana fue obra de la minoría, es decir, de algunos hombres dirigentes y principalmente de Santa Cruz. Hemos comprobado que si en el Perú prevaleció alguna vez un espíritu favorable a aquella gran organización, fue solamente con el propósito de extender las fronteras y la zona de influencia nacional más allá de los campos que entonces le eran propios. Pero si bien la idea germinó con cierta robustez en los departamentos del sur del Perú, debido a diversos factores geográficos y ambientales que ya hemos analizado, no ocurrió lo mismo, en los departamentos del norte ni, en términos generales, en las regiones costeras donde la raza, la costumbre, el orgullo criollo, los recuerdos del fasto colonial y la lejanía, se oponían natural y persistentemente a los esfuerzos federales que se realizaban. Por ello hay que admitir que si aquellas regiones aceptaron alguna vez el nuevo orden de cosas fue sin duda causa de la creencia en que se hallaban o del deseo que tenían de ver al Perú no precisamente en plano de igualdad con Bolivia, como tercer Estado integrante, sino como a un país más vasto, más poblado, más poderoso, más influyente; en buena cuenta, usufructuando los beneficios de una verdadera conquista territorial hecha sin el empleo de las armas.

Por un lado, los peruanos, inclusive los de las regiones del sur, comprendieron de pronto que la Confederación no respondía a sus ideales y que más bien entrañaba un peligro para la integridad e independencia del país. De otro lado, los bolivianos consideraron que Bolivia corría el inminente peligro de verse absorbida por el Perú y que desaparecido Santa Cruz era muy probable que surgiera un Protector dispuesto a subyugarla en provecho del Perú. La opinión de ambos pueblos se tornó adversa a la Confederación y por ende al autócrata Santa Cruz.

Hemos visto igualmente que a estos poderosos factores se sumó, en contra del régimen político imperante, el no menos poderoso y quizás determinante de la oposición chilena. El Gobierno de Chile fue siempre enemigo declarado de la Confederación y de cualquier proyecto que

podiera engrandecer a sus vecinos con detrimento de su pretendida y efectiva hegemonía en el Pacífico. Diego Portales fue la mejor expresión de esa política y proclamó sin ambages la necesidad de destruir la Confederación por la fuerza de las armas. Penetrada la opinión chilena de las mismas ideas, no fue óbice la muerte de Portales para que se realizaran los propósitos de la política agresiva de su gobierno. Y el resultado de ello fueron las expediciones de Encalada y Bulnes y el triunfo de Yungay que deshizo la Confederación y colocó en la presidencia al caudillo expedicionario Gamarra. Chile había logrado sus planes.

Después de Yungay se esfumó para siempre la idea de la unión peruano-boliviana y no germinó tampoco ningún proyecto de sojuzgamiento boliviano. No podemos decir qué ventajas o inconvenientes nos hubiera traído la perduración del régimen creado por Santa Cruz. Quizás un poderío mayor, mayores riquezas, mayor población. Pero también los peligros derivados de un recelo permanente de nuestros vecinos. Creemos más bien que la destrucción de la Confederación puede haber significado para el Perú la afirmación definitiva de su status territorial y político (excepción hecha en cuanto a lo primero de la desmembración resultante de la guerra de 1879) tal como aparece actualmente. Y esta es la razón. El Perú había sido dividido en dos partes: la del norte y la del sur. La primera rivalizaba con la segunda. Sus puntos de contacto eran pocos. En consecuencia, si tal era la situación entre ambas circunscripciones, mayores habrían sido las diferencias con Bolivia. Ahora bien, entre este país y el Sur del Perú las afinidades eran muchas; ambos se complementaban en el comercio y se puede decir que hacían una vida común. El peligro estaba, pues, en que rota la unidad nacional por un pacto político de confederación, el desenvolvimiento natural de los acontecimientos podía llevar a la separación del Estado Nor-Peruano como una entidad independiente, mientras que en el sur, los departamentos peruanos y Bolivia se habrían fusionado para formar una sola República más fuerte, más poderosa que la del Norte; a la cual habrían amenazado constantemente en forma y de manera de hacerla crecer como un organismo raquítrico e incapaz de subsistir por sus propios medios, sin

potencialidad bastante para adquirir un desarrollo que lo capacitara para enfrentarse con éxito a los planes ambiciosos de sus vecinos.

Además, Chile habría satisfecho siempre su espíritu conquistador ahí donde lo satisfizo en 1879. Y el resultado hubiera sido la existencia de un Estado Perú-boliviano mutilado y de otro Estado Nor-Peruano prácticamente inerme. El decurso de los acontecimientos, no obstante la intervención chilena, que dio lugar a la caída de la Confederación, puede a nuestro juicio haber sido afortunado para el Perú. Sus organismos públicos, su ejército, sus instituciones, y todos los elementos que le daban fisonomía de país independiente, no habían alcanzado aún —y estaban muy lejos de ello por cierto— la suficiente madurez como para emprender tarea tan ardua y tan erizada de peligros cual era la de formar un super Estado confederado, contra la poderosa pujanza de los factores importantes de oposición.

Esta visión panorámica de un agitado período de nuestra historia nos revela el interesante juego de los factores políticos, diplomáticos, geográficos, personales y sociales que intervinieron en la génesis, la culminación y el fracaso de un vasto proyecto de confederación cuya realización nos habría deparado un porvenir que sólo entrevemos por conjeturas y aun cuando el espejismo de la grandeza no dejaba de ser realmente tentador es posible también que lejos de ello los acontecimientos subsecuentes nos hubieran deparado mayores desventuras que las ocurridas en épocas por fortuna pasadas de las que la Patria aún se resiente pesadosa.

* * *